

¿Cómo y para qué subió el hombre al Monte Everest?*

Manuel Flores Mora

Y después de todo, tras repasar detenidamente la historia de treinta años de intentos contra la falda abrupta del Everest, uno sigue sin explicarse lo principal: nos referimos a aquel "¿Pa'qué?" criollo con que el uruguayo medio responde interiormente al relato de estas hazañas de alpinismo.

¿A cuál?

Como en todas las cosas, lo primero es reconocer que hay Everests y Everests... Y a poco de meditar un poco, la evidencia que nos rompe los ojos es que la vida —toda la vida humana, la de los nepaleses y la de los habitantes de Poncho Verde, de Pergamino o de Nico Pérez— está llena de Everests sensacionales, por cuyas laderas el hombre —pobre hombre en este valle de lágrimas— vive trepando sin descanso. El Everest, la montaña intrepable, es como el amor, que asume una cara distinta para cada persona. Para unos se personifica en una rubia delgada, para otros en una morena de más quilos, para otros en fin en la pelirroja o en la albina entrevista entre dos ascensores, a la salida de un edificio comercial. Pero el amor, es siempre el mismo.

Todos hemos tenido así, aunque el Everest sea único y sólo, nuestros everests personales e intransmisibles. Para aquél, la operación amortizable, que pagó, como la defensa de Londres, con lágrimas, sudor y sangre. Para éste, la figuración social costada penosamente con kilómetros de sonrisas hipócritas, atravesando glaciares de indiferencia o de desprecio. Para aquel otro, la jubilación obtenida luego de otras tantas expediciones como las alpinistas, a las ventanillas de la caja donde hoy le decían mañana y mañana le decían pasado. Todo sueño humano —casarse o divorciarse, tener un caballo de carrera, conseguir el puesto de *insider* titular o cantarle cuatro frescas al jefe...— es en el fondo una montaña en cuyo flanco se queda prendida casi siempre no sólo la piel del cuerpo sino la del alma y se pierden, junto con los dedos de los pies y de las manos, la mitad de la alegría del mundo.

—¡Viejo! —decía un compatriota hace unos días— ¿Qué me hablas a mí de subir al Everest? A mí que tengo 7 hijos y que les doy de comer a todos!

Y tenía razón.

La Asia

Nosotros, sin embargo, al pueblo que trepó y bajó al trote y tan campante, cuatro veces el Everest mundial del fútbol, tenemos que comprender —aunque vivamos al nivel del mar— el sentido de esta hazaña. "¿Pa'qué? Pues... ¡para nada! ¿O te parece poco?"

Y en los mismos diarios europeos, llenos con páginas donde se cuentan las conversaciones mantenidas para evitar la guerra y las mantenidas para provocarla, y se escalonan en centímetros y centímetros de tipografía la última palabra de las cotizaciones de Bolsa, la noticia de que alguien se

* Transcripción y revisión: Lic. Silvia Sánchez

ha jugado la vida "para nada" y ha hecho lo que nadie antes "para nada", tiene el sentido profundo de todos los oasis que alzan su verdor en el desierto.

Con Tensing, el guía nepalés "Tigre de tigres", no hay problema. Ya explicamos ayer, lo que a nuestro juicio presidió su conducta. "Tensing, hermano de otros Tensing, empezó a subir y llegó a arriba, por que a ello lo constreñían cuatro compromisos fundamentales: 1) El compromiso con los otros Tensing muertos o mutilados en la demanda, durante los 30 años anteriores. 2) El compromiso con la vida, cuyo costo ha subido en el Nepal como en el Departamento de Flores y que hace que no sea nada desperdiciable esa paga de 75 centavos de dólar diarios que se le pagan a los guías nepaleses por jugarse la vida en el Himalaya. 3) El compromiso consigo mismo, que un año y un día antes —el 28 de mayo de 1952— había llegado hasta los 8.600 metros y demostrado, por tanto, que podía llegar hasta la cumbre. 4) El compromiso con la propia cumbre, que estaba sentada allá arriba, sola y solitaria, esperando el varón que llegase hasta ella. Mucho, pues, por Tensing, cuya conducta todos nos explicamos y aplaudimos! Tensing tenía un compromiso fundamental con ese pobre señor blanco, colmenero él, de apellido Hillary. Hillary deseaba el Everest y Tensing, que era, como natural del país, el dueño de casa, quiso regalárselo... Y con ese desinterés supremo de los pobres, se lo regaló!

En Europa

Pero la cosa no es tan fácil cuando pretendemos explicarnos los motivos de Hillary. Hillary es blanco, como nosotros. Y nosotros los blancos, tenemos la manía intelectual de complicar las cosas y de hacer aquellas cuya finalidad ni nosotros mismos comprendemos.

El que era, hasta 1952, el alpinista más grande del mundo —Maurice Herzog, vencedor del Annapurna en 1950— escribió alguna vez los motivos de los alpinistas. A él recurriremos pues, nosotros, pobres seres nacidos a la orilla del agua, que no tenemos ciertamente tratos ni con precipicios ni con montañas. Con lo que dice Herzog y lo que dicen otros alpinistas, como Lambert (el que llegó con Tensing a los 8.600 metros hace un año), uno va comprendiendo y vislumbrando la calidad de esa luz secreta que ven los alpinistas en las cumbres y que los atrae como el más poderoso de los imanes. Hay de todo, por cierto, en la botica del alpinismo. Hay el amante del peligro, por esa tensión de estar suspendido, avanzando penosamente en una cornisa de sólo unos pocos centímetros, agarrándose a una roca lisa y sabiendo durante horas que bastará un descuido o un manotón del vértigo para que su cuerpo se deshaga en el fondo. Hay, sí, el nietzchiano y el loco, que se juega la vida allí porque no encontró nada mejor en que gastarla, constructivamente, de a poco...

Y está también el "materialista", como le llama Herzog. El simple gimnasta que cree que se ejercitan mejor los músculos. También el que tiene la fiebre de la competición y la vanidad del triunfo y que cuando se juega la integridad del esqueleto, lo hace para vencer a otro pobre infeliz que hizo cosas parecidas hace un tiempo, pero que llegó a una cumbre algunos metros más baja. "Para el común del público, dice Herzog—, todas estas tendencias se mezclan en proporciones que ningún alpinista conocerá jamás y que constituyen ese misterioso cocktail que se llama alpinista..."

La Verdad

No es necesario ser un "tigre de tigres" para comprender que todos estos infelices son incapaces de vencer al Everest, a ninguno... ni al del Himalaya, ni a ese otro que usted y yo vencemos cada día, sin salir de nuestro paisaje de calle, ómnibus y oficinas.

La gloria de los triunfos eternos, en el alpinismo como en cualquier otra actividad del hombre, está reservada a los que no actúan pensando en sí, sino en la humanidad enterita. Y viene ahora la alta categoría del alto alpinismo, la de los que aman la montaña y su estética y su emoción. La de los que logran sentir con una música irrepetible la belleza silenciosa de la nieve perdiéndose en laderas y ángulos que jamás nadie ha logrado ver en las ciudades comerciales de la llanura. Casi religioso, este alpinista verdadero es el que siente una de las formas supremas de la naturaleza —la montaña— y vive en consecuencia. "¿Quién podrá extrañarse —dice Herzog— que una expedición de alpinismo tenga algún parecido con una peregrinación?"

Por eso, los grandes alpinistas —Herzog, Lambert, Hillary, Tensing— son los que no "conquistan" las montañas. Los que no persiguen ni el récord ni la vanidad de vanidades, que se encierra en esa triste palabra "victoria".

"Considerar a una hermosa montaña como un enemigo a vencer, es un concepto que nos choca a todos —dice Herzog—. Se la domina mucho mejor amándola y tomándola con sus propias armas."

Y este sentido, de desprendimiento profundo, de amor profundo, es el único que posibilita, aquí como en todo, las jornadas memorables. La solidaridad ocupa el lugar de la rivalidad y la expedición de Hillary y Tensing, se benefició con las cápsulas de oxígeno intactas, que al saberse vencida, la expedición de Lambert dejó para ella a los 8.600 metros. Cada expedición transmite a la siguiente su experiencia y su entusiasmo y queda pendiente de su posibilidad de triunfo, para alegrarse. Cuando alguien llega, hemos llegado todos.

¿Cómo y para qué se subió al Everest? —era nuestra pregunta. La contestación no puede ser más fácil.

—Se subió al Everest —decimos nosotros— porque el hombre ama la tierra donde vive. Se subió al Everest —"¿pa'qué?"— porque no sólo de pan vive el hombre. También vive de montañas...